

SEÑAL MEMORIA

15 de mayo de 1945

Presidente de la República

Alfonso López Pumarejo

Alocución del presidente sobre la terminación de la II Guerra Mundial.

Compatriotas:

La guerra que ha impuesto más padecimientos a la humanidad, la más heroica y sangrienta de todos los tiempos, ha llegado a su término en Europa. Alemania ha capitulado a la demanda de rendición incondicional que se pactó en Casablanca por los jefes aliados, cuando la victoria apenas comenzaba a clarear para los ejércitos de la democracia. La Italia fascista de Benito Mussolini cayó la primera, con sólo que los marinos de Eisenhower desembarcaran en Sicilia. Queda como último reducto de la tiranía el territorio metropolitano del Japón, pues ya los mares y las islas que le sirven de camino están cediendo, una a una, batidas por los intrépidos soldados norteamericanos. Al volver de algunos días, que serán cortos pero duros para las tropas que todavía luchan en el Pacífico, vendrá la paz para todos los hombres de la tierra.

Paz que ha sido ganada en las fuentes mismas de la guerra. Que ha significado el sacrificio de ejércitos y escuadras, de toda una generación y pueblos enteros; que ha implicado el esfuerzo de miles y miles de hombres y mujeres, en miles de fábricas que doblaban o multiplicaban la producción para asegurar armas y provisiones a los regimientos de la libertad. Que fueron derrotados muchas veces, reducidos a nada, perdiéndolo todo, menos la fe en la justicia, en el derecho.

El mundo ha vivido una de sus más tremendas horas de prueba. Ciudades que desaparecían en una noche de asaltos aéreos, naciones asoladas en pocas semanas y con iniquidad que bi ha tenido antecedentes en la historia. Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, Francia, los Balcanes, Grecia, la Rusia europea, el Mediterráneo. Desde las puertas de Moscú y Stalingrado, hasta El-Alameda y el Canal de la Mancha, términos de barbarie y principios de reconquista. Cinco largos años de perder y resistir, descontando cada mañana el desastre de una flota, el rechazo de una

expedición, la ruina de un país. Y en cada insuceso militar, como lógico reflejo, un golpe a la confianza de los hombres en las normas de la democracia. Pero de la avalancha nazi, del asedio de la violencia, de tanto castigo de fuego como ha soportado el mundo en esta guerra, la democracia sale fortalecida, sin que para defenderse ella o para defender a los amigos de la libertad hubiera tenido necesidad de renunciar a ninguno de sus postulados, ni de sacrificar ninguna de sus prácticas esenciales.

Al asumir la presidencia, en agosto de 1942, ofrecí dedicar mis esfuerzos de manera principal a tratar de preservar a Colombia de los estragos de la guerra que amenazaba quebrantar nuestra prosperidad y desajustar nuestras instituciones, precipitándolas al río revuelto de la anarquía. No había entonces, como no la hay ahora, nación que pudiera considerarse con razón inmune a las consecuencias de la contienda, que comenzó por cerrar los mares al tráfico internacional, iniciando en forma peligrosa una aguda crisis económica, que perjudicó por igual a productores y consumidores, y produjo, entre otras cosas, el alza del costo de la vida a niveles que nunca habíamos conocido. La calamidad de la guerra alcanzó al patrón y al obrero, al dueño de la tierra y al campesino, al que contaba con recursos y al que no los tenía, afectando sus empresas, alterando el rumbo y el ritmo de sus preocupaciones. Y para el Estado surgió la imperiosa obligación de acudir a reparar prontamente los daños y trastornos que la guerra causaba en la actividad particular, improvisando muchas veces, equivocándose otras, o chocando con la incomprensión, cuando no con la ventaja que pugnaban por asegurarse determinados grupos de intereses.

Hemos pasado cinco años temiéndola más cada día, viéndola acercarse a aguas de nuestros mares para bloquear nuestros puertos. Cinco años de inseguridad, de incertidumbre, largamente dolorosos por todo lo que hemos visto sucumbir injustamente, pero que, por

ventura, nos dejan a la postre más bienes que males, más obras que ruinas, y, sobre todo, más confianza en nuestras propias posibilidades.

En el vaivén del conflicto mundial, hemos estado trabajando tesoneramente y no sin éxito, por el bien de la República. La reforma constitucional, ya en vía de completo desarrollo, es, cuando menos, un buen aporte a los cambios que será conveniente llevar adelante en nuestras instituciones políticas y administrativas, si realmente anhelamos entrar al futuro protegidos contra los vicios que han entrabado nuestro progreso. Y es, además, un hecho trascendental en la vida de colombianos, si consideramos que se obtuvo mediante espontáneo acuerdo de voluntades, dando una tregua a las luchas de nuestros partidos políticos, precisamente en los momentos en que soplaban con mayor violencia el huracán del caos, y que será más eficaz como instrumento de orden y bienestar colectivos, en la medida en que cuente para su ejercicio con el apoyo de todos los ciudadanos. La paz, como la guerra, también cubrirá, en revés o fortuna, a todos los hijos de Colombia, a los de todas las clases sociales y agrupaciones políticas, parejamente, sin que haya lugar a la imposible división de unos sectores favorecidos en oposición a otros lesionados por sus consecuencias.

En repetidas ocasiones he llamado a todos mis compatriotas a compartir con el gobierno la responsabilidad de poner a la Nación a cubierto de las contingencias de la guerra y de las sorpresas de la paz. El milagro de un mundo nuevo comienza a levantarse

sobre las pavesas que aún arden en Europa, como los últimos rastros de la gigantesca hecatombe. Nuevas promociones de ideas, nuevos hechos, nuevas situaciones, nuevas costumbres, nuevos instrumentos y sistemas, vendrán a reemplazar a los antiguos, que abrazó y consumió el fuego devastador de la contienda. No habrá pueblo ni hombre que pueda quedarse por fuera del nuevo círculo de acontecimientos, y menos ahora cuando ningún país puede ser indiferente al desenlace de las batallas que se pierdan o se ganen más allá de sus aguas territoriales.

Sobre nosotros llegará a golpear esta nueva marea de los sucesos imprevisibles, que afrontaremos con tanta mayor fortuna si nos encuentra, como todavía lo espero, unidos firmemente en el propósito de superarlos. No sabría yo entender cómo en razón de las viejas querellas de partido, pueda desatenderse en estas confusas horas de la vida contemporánea, la invitación de mi gobierno a consolidar las posiciones del futuro. Pienso que habrán de sobrnos tiempo y oportunidad para continuar cultivando los odios que nos separan, si tal fuere el deseo de quienes se niegan a recibir las perentorias notificaciones del presente; pero que corto y angustioso será, en cambio, el término de que podremos disponer para buscar el orden y el progreso entre el alud de sucesos que habrá de traernos la paz, si alcanzamos la suerte de nos ser atropellados, como lo temen otras naciones mejor organizadas que la nuestra.

Alfonso López Pumarejo

